

7618573

Plaza 16

Miguel Angel Granados Chapa

Pronasol, RIP

Aunque ya no era Presidente de la República el 2 de marzo pasado, Carlos Salinas de Gortari firmó ese día la sentencia de muerte de su creatura, el Programa Nacional de Solidaridad. El anuncio formulado anteayer, de que Pronasol deja de existir, para transformarse en la Alianza para el Bienestar, no hizo más que certificar un hecho consumado. Hay un dejo de cierta perversidad política, digámoslo entre paréntesis, en el hecho de que haya sido el secretario de Desarrollo Social, Carlos Rojas, el encargado de recitar el requiescat in pace al Pronasol, siendo que le correspondió organizarlo y ponerlo al servicio del presidencialismo salinista.

El germen del Pronasol probablemente surgió poco después de los sismos de 1985, cuando una agencia de consultoría privada ofreció a Guillermo Jiménez Morales, que dirigiría el PRI en el Distrito Federal, un programa al mismo tiempo de relaciones públicas y de activismo político, cuyo eje era encarar la adversidad con solidaridad. Sin reparar en el ripio, el ex gobernador de Puebla advirtió la productividad del último término, y lo regaló al candidato Salinas, que con esa denominación cobijó prácticas de política popular, de raigambre maoísta, de las que él mismo, su hermano Raúl y su amigo entrañable Hugo Andrés Araujo de la Torre se habían manifestado adictos en sus mocedades.

Las dos clientelas preferidas por el salinismo estuvieron integradas por los más ricos y los más pobres. En medio quedaron anchas capas de población que si bien padecían empobrecimiento que las aproximaba a la base de la pirámide social, fueron desatendidas, y expuestas sólo a las expectativas de un autocrecimiento que el tiempo frustró. Al dedicarse a los más ricos, mediante el apoyo a grupos empresariales monopolísticos y a través de las privatizaciones del patrimonio estatal, Salinas buscaba modernizar la economía y, al mismo tiempo, dueño de un sentido práctico de la vida, asegurarse de que el empresariado no se lanzara en su contra al concluir su periodo. A su vez al consagrar un programa a los pobres, Salinas pretendía no sólo suscitar una movilización social susceptible de ser manejada desde arriba, sino también paliar los estragos de la política económica neoliberal. Es decir, quiso actuar conforme al credo del señor don Juan de Robres, protagonista de un célebre epigrama virreinal. Según la mano anónima que denunció la hipocresía de este magnate, el señor De Robres, "hizo este santo hospital --decía la inscripción en uno de sus muros--, por su gran caridad, para aliviar a los pobres...pero antes hizo a los pobres".

El Pronasol fue sobre todo un triunfo de la propaganda política, aunque en cierto modo lo fue también de la movilización social manipulada. Los recursos de que dispuso no fueron esencialmente mayores que los aplicados al gasto social por los gobiernos priistas anteriores a Salinas. Sólo que éste los etiquetó, los reunió bajo una sola denominación política, que él personalmente aprovechó, pues la mayor parte de sus giras por el país se organizaron en torno de las actividades de Solidaridad. Algunas de ellas eran verdaderas estafas, pues se explotaba políticamente lo que sólo era la solución de problemas creados por la irresponsabilidad gubernamental. Ese fue el caso, señaladamente, de la escrituración de bienes inmuebles. La propaganda de Solidaridad (cuyo creador fue Isaac Chertorisky, el mismo que hace la publicidad de Bacardí) hacía creer que entregar escrituras era en realidad entregar los terrenos y casas a que se refería esa documentación notarial. A

menudo, la necesidad de escriturar había surgido de la incompetencia gubernamental de otorgar oportunamente los certificados de propiedad correspondientes.

Cuando se trataba de emplear recursos de Solidaridad para la realización de obras públicas, se hacía patente la inequidad del Pronasol. Si en Los Colomos de Guadalajara; o en el municipio de Garza García, donde viven los ricos de Monterrey, o en las Lomas de Chapultepec de la ciudad de México, donde residen clases pudientes, se requería pavimentar las calles, por ejemplo, los vecinos exigían a las autoridades municipales o a la delegación Miguel Hidalgo la pronta realización de las tareas correspondientes, pues para eso pagan impuestos, alegaban. Y los trabajos eran realizados por contratistas pagados precisamente con recursos fiscales. Pero si la misma labor era precisa en municipios urbano-rurales, donde viven mexicanos sumidos en la pobreza extrema, se brindaba a los pobladores la gran oportunidad de protagonizar su propio desarrollo. Es decir, se les explotaba reclamando que aportaran su mano de obra para tal pavimentación, con lo que el importe de esas acciones públicas se reducía considerablemente.

Con ser graves esas desviaciones e insuficiencias del Pronasol, sus principales defectos surgieron del uso político que se dio a este proyecto de asistencia social, apenas diferenciable de la caridad pública en muchos de sus aspectos. Por un lado, se buscó asociar directamente el Pronasol a la figura y los propósitos presidenciales. Salinas vigilaba directamente el desarrollo de sus tareas, y acudía puntualmente a su culminación, de modo que los beneficiarios vinculaban directamente la intervención del Presidente al efecto producido. Es decir consideraron a Salinas como un taumaturgo capaz de obrar toda suerte de prodigios. Una vez por semana al menos, el Presidente recibía a líderes de los comités de solidaridad, hubieran sido o no adiestrados en el Instituto Nacional de Solidaridad, organización con tintes musolinianos, creado ex profeso.

Igualmente, Pronasol sirvió para canalizar electoralmente el prestigio que da a un gobierno cumplir con su deber, pero adobado con la consideración, fácilmente esparcible en sectores despolitizados, de que dicho cumplimiento resulta de un dédova y no de una relación política entre el gobierno y el gobernado. Y fue útil además en la cooptación de oportunistas que de ese modo aliviaron sus escrúpulos por estar en una nómina oficial. Pero ya seguiremos

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Fronasol, RIP

El anuncio de que desaparecerá el Programa Nacional de Solidaridad obliga a un repaso de sus intenciones, sus virtudes y sus defectos, por el impacto que tuvo en la vida pública mexicana como instrumento para combatir a la pobreza extrema... y ganar elecciones.



AUNQUE YA NO ERA PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA el 2 de marzo pasado, Carlos Salinas de Gortari firmó ese día la sentencia de muerte de su creatura, el Programa Nacional de Solidaridad. El anuncio formulado anteayer, de que Pronasol deja de existir, para transformarse en la Alianza para el Bienestar, no hizo más que certificar un hecho consumado. Hay un dejo de cierta perversidad política, digámoslo entre paréntesis, en el hecho de que haya sido el secretario de Desarrollo Social, Carlos Rojas, el encargado de recitar el *requiescat in pace* al Pronasol, siendo que le correspondió organizarlo y ponerlo al servicio del presidencialismo salinista.

El germen del Pronasol probablemente surgió poco después de los sismos de 1985, cuando una agencia de consultoría privada ofreció a Guillermo Jiménez Morales, que dirigiría el PRI en el Distrito Federal, un programa al mismo tiempo de relaciones públicas y de activismo político, cuyo eje era encarar la adversidad con solidaridad. Sin reparar en el ripio, el ex gobernador de Puebla advirtió la productividad del último término, y lo regaló al candidato Salinas, que con esa denominación cobijó prácticas de política popular, de raigambre maoísta, de las que él mismo, su hermano Raúl y su amigo entrañable Hugo Andrés Araujo de la Torre se habían manifestado adictos en sus mocedades.

Las dos clientelas preferidas por el salinismo estuvieron integradas por los más ricos y los más pobres. En medio quedaron anchas capas de población que si bien padecían empobrecimiento que las aproximaba a la base de la pirámide social, fueron desatendidas, y expuestas sólo a las expectativas de un autotrecimiento que el tiempo frustró. Al dedicarse a los más ricos, mediante el apoyo a grupos empresariales monopólicos y a través de las privatizaciones del patrimonio estatal, Salinas buscaba modernizar la economía y, al mismo tiempo, dueño de un sentido práctico de la vida, asegurarse de que el empresariado no se lanzara en su contra al concluir su periodo. A su vez al consagrar un programa a los pobres, Salinas pretendía no sólo suscitar una movilización social suscep-

tible de ser manejada desde arriba, sino también paliar los estragos de la política económica neoliberal. Es decir, quiso actuar conforme al credo del señor don Juan de Robres, protagonista de un célebre epigrama virreinal. Según la mano anónima que denunció la hipocresía de este magnate, el señor De Robres, "hizo este santo hospital -decía la inscripción en uno de sus muros-, por su gran caridad, para aliviar a los pobres... pero antes hizo a los pobres".

El Pronasol fue sobre todo un triunfo de la propaganda política, aunque en cierto modo lo fue también de la movilización social manipulada. Los recursos de que dispuso no fueron esencialmente mayores que los aplicados al gasto social por los gobiernos priístas anteriores a Salinas. Sólo que éste los etiquetó, los reunió bajo una sola denominación política, que él personalmente aprovechó, pues la mayor parte de sus giras por el país se organizaron en torno de las actividades de Solidaridad. Algunas de ellas eran verdaderas estafas, pues se explotaba políticamente lo que sólo era la solución de problemas creados por la irresponsabilidad gubernamental. Ese fue el caso, señaladamente, de la escrituración de bienes inmuebles. La propaganda de Solidaridad (cuyo creador fue Isaac



Hay un dejo de perversidad política en haber encargado a Carlos Rojas, secretario de

Desarrollo Social, la tarea de anunciar la muerte del Pronasol, siendo que a él mismo le correspondió concebirlo, crear la organización correspondiente y operarlo.

Chertorisky, el mismo que hace la publicidad de Bacardí) hacía creer que entregar escrituras era en realidad entregar los terrenos y casas a que se refería esa documentación notarial. A menudo, la necesidad de escriturar había surgido de la incompetencia gubernamental de otorgar oportunamente los certificados de propiedad correspondientes.

Cuando se trataba de emplear recursos de Solidaridad para la realización de obras públicas, se hacía patente la inequidad del Pronasol. Si en Los Colomos de Guadalajara o en el municipio de Garza García, donde viven los ricos de Monterrey, o en las Lomas de Chapultepec de la ciudad de México, donde residen clases pudientes, se requería pavimentar las calles, por ejemplo, los vecinos exigían a las autoridades municipales o a la delegación Miguel Hidalgo la pronta realización de las tareas correspondientes, pues para eso pagan impuestos, alegaban. Y los trabajos eran realizados por contratistas pagados precisamente con recursos fiscales. Pero si la misma labor era precisa en municipios urbano-rurales, donde viven mexicanos sumidos en la pobreza extrema, se brindaba a los pobladores la gran oportunidad de protagonizar su propio desarrollo. Es decir, se les explotaba reclamando que aportaran su mano de obra para tal pavimentación, con lo que el importe de esas acciones públicas se reducía considerablemente.

Con ser graves esas desviaciones e insuficiencias del Pronasol, sus principales defectos surgieron del uso político que se dio a este proyecto de asistencia social, apenas diferenciable de la caridad pública en muchos de sus aspectos. Por un lado, se buscó asociar directamente el Pronasol a la figura y los propósitos presidenciales. Salinas vigilaba directamente el desarrollo de sus tareas, y acudía puntualmente a su culminación, de modo que los beneficiarios vinculaban directamente la intervención del Presidente al efecto producido. Es decir consideraron a Salinas como un taumaturgo capaz de obrar toda suerte de prodigios. Una vez por semana al menos, el Presidente recibía a líderes de los comités de Solidaridad, hubieran sido o no adiestrados en el Instituto Nacional de Solidaridad, organización con tintes mussolinianos, creada ex profeso.

Igualmente, Pronasol sirvió para canalizar electoralmente el prestigio que da a un gobierno cumplir con su deber, pero adobado con la consideración, fácilmente esparcible en sectores despolitizados, de que dicho cumplimiento resulta de un dádiva y no de una relación política entre el gobierno y el gobernado. Y fue útil además en la cooptación de oportunistas que de ese modo aliviaron sus escrúpulos por estar en una nómina oficial. Pero ya seguiremos.